

los Comunes (1). Estos eran Pym, Hampden, Haselrig, Strode y Holles, cinco hombres no de la misma talla, pero si igualmente odiados en la corte, porque, ó como los dos primeros, eran los jefes de la Cámara, ó como los tres últimos en muchas ocasiones, y aun recientemente, habian herido profundamente al gobierno.

El rey creia poder usar con buen resultado del mismo medio de que se habia valido en otro tiempo la mayoría de la Cámara contra Strafford; así les acusó de haber intentado destruir las leyes fundamentales del reino y establecer en su

lugar un gobierno tiránico, no comprendiendo que esta acusacion no podia sostenerse ante los Lores, en tal forma.

Los Lores oyeron la lectura del acta con creciente asombro, y en vez de conceder la prision de los acusados como pedia el procurador general, consintieron que Kimbolton dijera en seguida dos palabras de contestacion y nombraron una comision para examinar si la acusacion procedia con derecho. Digby, que estaba sentado al lado de Kimbolton, hizose el sorprendido manifestando en voz baja al hombre á quien mas odiaba, que S. M. estaba mal aconsejado, y aban-



Lady Lucia Persy, condesa de Carlisle. De un grabado de Lombart, copia de un cuadro de Van-Dyck

donó la Cámara, según dijo, para impedir males mayores con sus consejos. En el entre tanto los Comunes supieron por boca de Pym que servidores del rey habian entrado en su habitacion, así como en las de Hampden y de Holles, para sellar sus papeles; sin vacilar declararon que este acto era una infraccion de los privilegios parlamentarios, y añadieron que los miembros del Parlamento tenían derecho á defenderse contra la tentativa de apoderarse de sus personas si su prision no habia sido autorizada. Apenas acababa su discurso, se presentó á la barra el heraldo real y pidió que se le entregasen los cinco acusados. Se le hizo salir y se envió por medio de una comision una contestacion al rey que, si bien muy moderada en la forma, no podia dejarle duda alguna acerca del espíritu que reinaba en la Cámara baja.

(1) Los sucesos que siguen son tratados con minuciosidad y con interés dramático en los estudios de John Forster: *Arrest of the five members*. 1860.

Se le hizo saber que su demanda atacaba los privilegios del Parlamento y que debía ser presentada de un modo formal; entre tanto se comprometían á que los cinco miembros no rehuyesen una acusacion legal, pues el presidente prometia por ellos que comparecerían á ocupar cada dia su sitio. Lo que sucedió despues demostró asimismo la presencia de espíritu y la energía de que se hallaban poseidos los representantes del país en aquellos críticos momentos. Ya se da á entender que se pusieron á conferenciar en seguida con los Lores; despues se rompieron los sellos que se habian puesto en nombre del rey en los papeles de los acusados; los hombres que habian desempeñado el real mandato fueron reducidos á prision, y se pidió por último á las autoridades de la ciudad que dieran al Parlamento una guardia sacada de las milicias.

Era indudable que el rey habia sufrido una derrota y si queria llevar adelante sus propósitos no le quedaba mas re-

curso que echar mano de la fuerza; pero tampoco retrocedió. Las pretensiones del Parlamento habian ido creciendo paso á paso; en todos los círculos de la vida pública era desacatada la régia autoridad; la situacion de la Iglesia habia cambiado radicalmente, y los hombres que merecian la confianza del rey eran el blanco de ataques odiosos, y aun era de temer que su esposa fuese sometida á una acusacion; pensó pues que era mejor romper con mano atrevida la red que le iba envolviendo antes que verse cada vez mas encerrado en sus mallas. En la noche del 3 al 4 de enero se celebró consejo en Whitehall, ignorándose quiénes fueron los que tomaron parte en él; solo se sabe que la intervencion de la reina tuvo gran influencia. El Lord-corregidor fué interrumpido en su sueño, se le prohibió en nombre del rey que diera á la Cámara de los Comunes la guardia que habia pedido y se le dió orden de reprimir todo tumulto empleando para ello la fuerza. Se preparó la Torre para una enérgica resistencia; los caballeros y soldados que acostumbraban á estar en el castillo, permanecieron sobre las armas, y se pidió el apoyo de los jóvenes estudiantes de los colegios de derecho, que siempre se habian distinguido por su gran lealtad.

En la mañana del 4 de enero se reunió la Cámara baja. Se tenia noticia de los preparativos de la corte, de la presencia de hombres armados alrededor de Whitehall y de lo que pasaba en los colegios de derecho. Tambien se advirtió á las autoridades de la ciudad el peligro que corria el Parlamento. Esto no impidió que se oyese uno tras otro á los cinco acusados y se determinase conferenciar con los Lores, para buscar los autores de la acusacion calificada de «escandaloso libelo.» A las doce se suspendió la sesion por una hora. En este intermedio el gran chambelan hizo saber secretamente á Pym y sus compañeros que el rey pensaba apoderarse de ellos. La sesion de la tarde acababa de abrirse y los cinco habian tomado apenas asiento cuando un capitán llamado Langres, probablemente enviado por el embajador francés, hizo llamar á uno de sus amigos de la Cámara y le comunicó la noticia de que el rey se dirigia hácia allí. En seguida la noticia fué comunicada al presidente Guillermo Leuthall, que la puso en conocimiento de la Cámara, resolviéndose que los cinco acusados se alejasen. Strode que queria aguardar á pié firme los sucesos fué obligado por la fuerza á seguir á los demás, entrando en una barca que les condujo rio abajo hácia la City.

Era ya tiempo, pues el rey con unos doscientos hombres armados se hallaba en el gran patio de Westminster. Los mercaderes al por menor que vendian allí sus mercancías cerraron apresuradamente sus tiendas asustados por la invasion de los soldados. Por mandato del rey la mayor parte de su acompañamiento quedó fuera y solo unos pocos subieron con él la escalera que conducia á la capilla de S. Estéban, punto donde verificaban sus sesiones los Comunes. Entró en la Cámara acompañado solo de su sobrino el príncipe heredero del Palatinado, y como las puertas permanecieron abiertas se veian los que estaban fuera armados de espadas y pistolas. Saludando ligeramente atravesó el rey por en medio de la reunion que se habia levantado con la cabeza descubierta, miró de paso el sitio que debía ocupar Pym y dirigiéndose al presidente dijo: «Señor presidente, debo rogaros que me cedais vuestro sitio por corto tiempo.» Sin sentarse habló á la asamblea desde el estrado, y despues de una larga pausa, en los siguientes términos: «Señores, deploro el motivo por el cual he venido; ayer envié un heraldo por una causa muy grave para reducir á prision á algunos diputados que habian sido acusados de alta traicion por mi mandato. Esperaba que obedeceriais mi orden y no que me mandaseis un mensaje. Y debo declararos ahora que, á pesar de que ningun rey

inglés ha tenido mayor cuidado del que yo tengo en que se respeten vuestros privilegios, en caso de alta traicion no hay privilegio alguno y por lo tanto he venido para ver si hay aquí alguno de los acusados.» Durante un momento permaneció silencioso mirando á su alrededor. «No veo á ninguno y pienso sin embargo que deberiais conocerlos.—Debo decir, señores, que mientras estas personas acusadas, no de una ligera infraccion, sino del crimen de alta traicion, se hallen entre vosotros, no puedo esperar que esta Cámara siga el buen camino, como yo deseo de corazón. Por lo tanto he venido para manifestaros que yo me apoderaré de ellos hállense donde se hallen.» Entonces preguntó: «Está aquí Mr. Pym?» Nadie respondió. A la pregunta respecto de Holles siguió el mismo silencio. Entonces exigió contestacion del presidente. «Con permiso de V. M., dijo Leuthall arrodillándose, ocupando este sitio no tengo ojos para ver ni lengua para hablar sin mandato de la Cámara cuyo servidor soy, y pido humildemente perdon á V. M. por no poderle contestar de otro modo.» Bueno replicó Carlos, pienso que mi vista no es peor que la de cualquier otro.» Encontrándose en una posicion embarazosa exclamó: «Veo que mis pájaros han volado; espero que me los enviéis cuando vuelvan.» Lo que añadió despues consistió en asegurar «que no habia pensado nunca en un acto de fuerza, sino en un procedimiento de derecho,» y en la amenaza de que si se negaban á entregar los cinco acusados, «sabria encontrarlos él mismo,» abandonando entonces el salon con cara sombría. De las filas de los reunidos salió la palabra «privilegios, privilegios.» Con inútil impaciencia habian esperado sus partidarios la señal para la invasion, y mientras se alejaba con ellos suspendia la Cámara la sesion hasta el dia siguiente en medio de la mayor excitacion.

Tambien habia salido fallida esta tentativa del rey, pero no le detuvo esto para proseguir en el camino emprendido. La misma noche se publicó una proclama real en la que se decía que en el caso de que los cinco acusados intentasen huir, se estableceria el bloqueo de las costas. Al dia siguiente el rey en persona se dirigió á la City para exigir la entrega de los acusados. Allí, bajo la proteccion de la fiel burguesia, en una casa de la calle Coleman encontraron estos un asilo seguro. Durante toda la noche cruzaron patrullas por las calles, las puertas permanecieron cerradas y pavorosos rumores se esparcieron por el espacio. Cuando el rey atravesó sin escolta á Temple-Bar tuvo que oír de la multitud que estaba á uno y otro lado el odioso grito de «privilegios del Parlamento,» y una tablilla con el lema «á tus tiendas, Israel» fué arrojada dentro de su coche. Al discurso que dirigió en Guildhall á las autoridades de la ciudad siguió una gritería confusa. «Dios salve al rey,» se oía por un lado, «privilegios del Parlamento» por el otro. Enabláronse despues verdaderas discusiones en las que intervino el rey. «Debe distinguirse, decía, entre el Parlamento y los culpables de alta traicion que en él tienen asiento. Estoy pronto á observar los privilegios, pero no puedo creer que estos protejan á los culpables de alta traicion contra el castigo merecido.» Pero nada consiguió con estas explicaciones, y despues que hubo comido en casa de uno de los jefes regresó á su palacio acompañado de los anteriores gritos. El mismo dia mandó publicar una proclama en la cual mandaba á todos sus súbditos que se apoderasen de los cinco acusados donde les encontrasen.

La Cámara de los Comunes declaró, entre tanto, á pesar de la viva oposicion del partido del rey, que lo que habia sucedido era una infraccion de sus privilegios; suspendió sus sesiones hasta el dia 11, porque veía su seguridad amenazada y eligió una comision que debía celebrar las suyas en la City, haciéndose así aun mas estrecha la alianza entre el



Parlamento y la burguesía, y tomando parte los cinco miembros en las sesiones de la comisión. No parecía sin embargo que hubiese desaparecido todo peligro, pues se habló de una conspiración de Digby y de Lunsford, se cerraron varias veces los almacenes, la milicia ciudadana se puso sobre las armas y al Lord-corregidor le costó trabajo el vencer el pánico.

Cada día recibía el rey una nueva humillación. Enviados del municipio vestidos con el traje de ceremonia se presentaban en Whitehall y le reprendían por sus últimos actos aunque con toda cortesía. La comisión parlamentaria declaraba que su última proclama era un papelucho «escandaloso é ilegal.» El mando de la fuerza armada de la City fué entregado sin pedirle su consentimiento al popular y celoso puritano Skippon, que había servido en el continente empezando por soldado raso y al ser escogido para aquel cargo tenía el título de mayor general, y al mismo tiempo se formó una guardia destinada á proteger al Parlamento cuando renovase sus sesiones en Westminster. Y no se contentaron con esto, sino que los arrabales de la poderosa ciudad quisieron tomar parte en el triunfo del Parlamento; de todas partes acudieron sin número de forasteros y se mandó á la ciudad un escrito en obsequio de Pym cubierto con millares de firmas. Del condado Buckingham llegó una considerable tropa de colonos á caballo que acudían para proteger á su célebre paisano John Hampden. El domingo 9 de enero, eligieron los pastores como tema de su sermón el salmo 122: «Nuestros piés permanecerán ante tus puertas, Jerusalem. Jerusalem está edificada de tal modo que es una ciudad á la que se debe ir juntos... Desead felicidades á Jerusalem. Irán bien los que te amen. Debe haber paz dentro de tus muros y felicidad en tus palacios.»

Al rey y la reina les pareció esto una ironía, pues no podían dejar de ver que la ciudad entera se había declarado contra ellos. Cuando Carlos I oyó que los marineros de los botes del Támesis habían ofrecido sus servicios al Parlamento, exclamó irritado: «Hasta estas ratas de agua me abandonan.» No quiso presenciar el triunfo de Pym y Hampden; así fué que el 10 de enero se marchó con los suyos á Hampton-Court trasladándose despues á Windsor. No volvió á ver el castillo de Whitehall hasta pasados muchos años y cuando la espada de la ley amenazaba su cabeza.

El día 11 de enero ofrecía el Támesis, plenamente iluminado por un sol de invierno, un espectáculo admirable. A ambos lados del río desde el puente de Londres á las escaleras de Westminster se extendía la milicia ciudadana con sus banderas é insignias y llevando prendida á sus sombreros y mosquetes la proclama del Parlamento en favor de sus libertades y de la religión protestante. La corriente misma se hallaba cubierta con dos líneas de barcos en parte ocupados por cañones y junto á ellos estaban los artilleros con mecha encendida. Por en medio de este cordón y navegando río arriba llevaba una barca muy adornada á los cinco miembros de la Cámara de los Comunes hácia Westminster yendo acompañados de salvas y gritos de alegría. Cuando ocuparon de nuevo su sitio levantóse el presidente junto con toda la asamblea, y John Pym en nombre de sus compañeros dió las mas expresivas gracias á los ciudadanos de Londres por su hospitalidad; despues fueron introducidos los jefes, los capitanes de buques y el mayor general Skippon, á los cuales dió las gracias el presidente. Entonces se aceptó una petición de la gente del condado de Buckingham en la que se hablaba de un modo violento contra la permanencia de «los Lores papistas y de los obispos» en el Parlamento, y se ordenó que una guardia de las milicias de la ciudad prestase servicio cada día en Westminster.

El golpe de Estado del rey había fracasado por completo: en lugar de desembarazarse de los jefes de la oposición, estos se le habían escapado y los vencedores dirigían golpe tras golpe contra su autoridad (1). Es verdad que en apariencia la dejaban intacta, asegurando que al mismo tiempo que por los privilegios del Parlamento combatían por su honor, y se le dirigían con la misma respetuosa deferencia que en lo pasado; pero la fórmula que se usaba algunas veces, «la voluntad del rey expresada por ambas Cámaras,» daba á comprender claramente que se estaba completamente decidido á obrar sin su aprobación en caso necesario. Tuvo que consentir en todo lo que pusieron por obra los jefes de los Comunes, convencidos de su dominación y apoyados en las muchas peticiones de las ciudades y del campo. El procurador general tuvo que disculparse de haber presentado una acusación contra miembros del Parlamento, y se publicó una declaración contra todos los que por vía de consejo ó de obra intervinieron en el atentado del 4 de enero, considerándolos como enemigos del Estado en tanto que no se presentasen. «Los papistas y los malos consejeros» se veían amenazados de nuevo con los mas violentos ataques. Lord Digby tenía tantos motivos para temer, que solo vió su salvación en la fuga al continente; el coronel Lunsford que con sus soldados amenazaba á Kingston fué hecho prisionero; las plazas fuertes de Hull y Portsmouth, por orden del Parlamento, fueron puestas á cubierto de un golpe de mano que se temía por parte del rey, y se dispuso que el reino entero se pusiese en estado de defensa en vista de que se hallaban amenazadas sus instituciones y la religión protestante.

Los Lores ofrecían solo una débil resistencia á las exigencias de la Cámara de los Comunes; sin embargo, ya se decía en voz alta que vendría época en que se les consideraría como supérfluos. La revolución continuaba su camino á pasos agigantados, y en una conferencia con la Cámara alta, dijo John Pym: «La Cámara de los Comunes se alegraría de poder contar con vuestro apoyo y ayuda para la salvación del reino, pero aunque les faltasen, no por esto desfallecería en el cumplimiento de su deber, y perezca el reino ó se salve, —aunque yo espero que con la ayuda de Dios se salvará,— cuando se cuente la historia de este Parlamento á las generaciones futuras, sentirán que en tal peligro la Cámara de los Comunes se viese obligada á salvar el reino por sí sola.» Ante una declaración tan enérgica cedieron también los Lores en la importante cuestión de la expulsión perpetua de los obispos. Despues que hombres de todas clases y posiciones hubieron expuesto al Parlamento en forma mas ó menos violenta este deseo, tocó el turno á las damas, mujeres de los comerciantes, y otros muchos individuos del sexo femenino de la ciudad ó de sus arrabales, de presentarse con peticiones á pesar de las burlas de los caballeros. Se excusaban con el ejemplo de la «mujer de Thecua» que no se había avergonzado de presentarse con una petición ante David, y expresaron el deseo de que Carlos I siguiese el ejemplo del «bueno y piadoso rey Asa, que no toleró la idolatría ni de su propia madre.» «Tememos, decía una parte de esta característica petición, que si no se desbaratan los planes de la facción sedienta de sangre de los papistas y prelados, nos veremos obligadas, así en Inglaterra como en Irlanda, á sufrir una tiranía peor que la anterior, pues tendremos que soportar la ira, no de hombres, sino de diablos convertidos en hombres; y deberemos callar ante la esclavitud de nuestras creencias, que nos son mas caras que todo.» Al día siguiente de haber sido

(1) Buff: La política de Carlos I en las primeras semanas despues de su huida de Londres y pintura de aquel tiempo, Giessen, 1866 (Disertación de Heidelberg.) Fuera de desear que poseyéramos mayor número de estos estudios críticos.

presentada esta petición y recibida por Pym con cortesías palabras de agradecimiento, aprobaron los Lores el bill que arrebató á los obispos su sitio en la Cámara alta (5 de febrero).

Sin duda que influyó menos en la resolución de los Pares la presión exterior que las inteligencias secretas que tenían con la corte. En los primeros tiempos en que Carlos I abandonó la capital, confiaba mejorar su situación apoderándose de alguna plaza fuerte de las cercanías de Londres; y la reina, que estaba siempre por las medidas enérgicas, no había ocultado que su fuga de la capital había sido con tal objeto, al que tendían los movimientos de Lunsford y otros caballeros. Pero cuando las enérgicas medidas del Parlamento estorbaban estos planes, se determinó en Windsor obrar de otra manera, llevando á cabo la reina su proyecto de abandonar por algun tiempo á Inglaterra para obtener en el continente ayuda en favor de la amenazada monarquía. Para este fin quiso llevarse consigo parte de las joyas de la Corona, y venderlas ó empeñarlas, para poder comprar con su producto gran número de armas y municiones. No fué difícil encontrar un pretexto para su viaje. La princesa María, muy niña aun, estaba comprometida con el príncipe de Orange, y no podía tomarse á mal en la madre que quisiese acompañar personalmente á su hija á su futura patria, aunque se tuviesen motivos para temer que la casa de Orange se convirtiera en protectora de la monarquía inglesa. El rey pensaba ir mientras tanto hácia el Norte huyendo de la influencia directa del Parlamento, y reunir á su alrededor á sus parciales para entablar una lucha decisiva; pero la feliz realización de estos planes era imposible, si no se mantenía exteriormente por algun tiempo el acuerdo con el Parlamento. El rey se guardó, pues, de ofenderlo por una oposición brusca; y por el contrario levantó la persecución jurídica contra los miembros acusados, declarando que quería abandonar completamente el asunto. Consintió en que el comandante de la

Torre fuese sustituido por otro; aprobó un bill para el reclutamiento de soldados para la campaña de Irlanda, y firmó aquellos decretos que prohibían á todas las personas del estado eclesiástico el mezclarse en la justicia y la autoridad seglar, y quitaban á los obispos voz y voto en la Cámara alta.

Aun esto no le pareció bastante para tranquilizar á los puritanos. Declaróse pronto á confiar á la sabiduría del Parlamento la resolución de la gran cuestión del cambio en la constitución de la Iglesia y en el ritual, y le suplicó que cuanto antes le presentase un proyecto completo. Prometió hacer cumplir con severidad y eficacia todas las leyes contra los católicos disidentes, desterrar algunos curas condenados por los tribunales, y no permitir en adelante la presencia de sacerdotes católicos en la corte. Al parecer quería aventajar en celo para las reformas, y en intolerancia extremada á los mas radicales é intolerantes puritanos. El Parlamento no sabía cómo expresar su alegría por este mensaje.

Una semana despues, el 23 de febrero, despidióse el rey en Dover de su esposa, que se embarcó con su hija. En su acompañamiento iba su sobrino, el príncipe Ruperto del Palatinado, cuyo ardiente deseo de desenvainar la espada contra el Parlamento tardó todavía algun tiempo en realizarse. Carlos I por su parte se dirigió con sus hijos, el príncipe de Gales y el duque de York, á Greenwich, tomando desde allí el camino del Norte. Cuanto mas se alejaba de Londres, tanto mas atrevido era su lenguaje respecto del Parlamento, y tanto mas enérgica fué su resistencia á la gran cuestión que ya hacia semanas se discutía: la cuestión de la milicia. El que no quisiera cerrar los ojos á la luz, debía convencerse de que era inevitable la lucha con las armas. El rompimiento entre el Parlamento y el rey se había verificado ya, aunque durante varios meses se trató de recomponer las diferencias; había empezado ya la guerra civil, aunque no se ha disparado ningún cañonazo.